

WHITLEY STRIEBER

GATO MÁGICO



Es enorme, negro como la muerte. Tiene la cola retorcida y una oreja cortada de la que pende un hilo... Es arisco, nunca ronronea y mira con fijeza y con ira.

Es el gato conjurado, el gato mágico, el gato que entrecruza las vidas de los habitantes de Maywell.

Brujas, hechizos, conjuros, invocaciones, aquelarres, vida, destrucción, muerte. Todo se da en Maywell.

Amanda no es bruja. Todavía no. E ignora que alguien la obligará a visitar a la muerte. La historia de Amanda es muy extraña, más antigua que el recuerdo, y ha de ser revivida en todo su miedo y su esperanza, su sabiduría y su pasión.

Gato Mágico es un relato sobre brujería moderna, esotérico, repulsivo, espeluznante, que mantiene la atención del lector en todo momento.

TOM

Este libro está dedicado a algo que podría ser un
gato.
Es enorme, negro como la muerte y, en general,
nunca
está presente. Tiene una oreja cortada y la cola
retorcida. Si por casualidad anda cerca, posible-
mente le
gustaría recibir unas caricias, aunque también es
probable que te lastimase si te atrevieras a tocarle
un
solo pelo. Nunca ronronea, y le gusta mirar con fi-
jeza.

Prólogo

El monte Stone es el único pico escarpado de las Peconics. Sus laderas grises, accidentadas, se extienden a lo largo de tres millas dentro de una cadena que, por lo demás, resulta benigna. Son tan traicioneras y poco seguras que incluso los montañeros más obsesivos las evitan, porque ofrecen un destino demasiado impenetrable. El sendero de los Apalaches, por consideración al hecho de que el viejo monte Stone tiene en su haber unas cuantas muertes, lo bordea y pasa a través de las zonas residenciales plagadas de huertos de la pequeña ciudad de Maywell, que se acurruca bajo el monte como un israelita a los pies del faraón.

Desde la grandiosa y decadente finca de los Collier, ubicada en un extremo de la ciudad, a los oscuros edificios Victorianos de la Universidad Maywell, situados en el otro extremo, las laderas miran desde su altura hacia todo Maywell. No es una zona de supercarreteras ni de rugientes autobuses urbanos; los caminos y los agentes inmobiliarios han dejado Maywell de lado. Una vez más, la culpa la tiene el viejo monte Stone. Ninguna empresa constructora de autopistas asumió el riesgo de atravesar esa miserable expansión de granito desgarrado y, por tanto, Maywell conserva más o menos el mismo aspecto de hace un siglo: es una ciudad bonita como la que más, solitaria, que se conforma con su personalidad sosegada.

Maywell prospera de un modo tranquilo en sus huertos y sus granjas, cuya producción parte en camiones hacia Filadelfia y Nueva York, y en el mantenimiento de la Universidad Maywell, una institución pequeña, tanto en tamaño co-

mo en reputación, pero más que adecuada para darle a la ciudad una participación total de estudiantes estridentes y una cultura media.

En realidad, Maywell no gusta del mundo moderno. Tiende a mirar hacia épocas más blandas con una añoranza afectada, bien vestida. Es pacífica, moral y respetable.

Es simplemente, en pocas palabras, el tipo de lugar donde ocurren cosas peculiares.

Estas cosas pueden resultar horrendas y siniestras, como el hecho de que el hermano Simón Pierce levantara su Tabernáculo de la Resurrección, o hermosas y nada horrendas, como los acontecimientos hechizantes de la finca de los Collier.

Pueden ser extrañas, como en el caso del pobre doctor Walker. Era un brillante biólogo; su personalidad abrasiva y su persistente obsesión por sus raras teorías hicieron que sus compañeros de Yale lo consideraran un pesado. Le expulsaron finalmente cuando declaró a la prensa que podía resucitar ranas muertas. Por ello continúa ahora su carrera en este olvidado rincón de la academia, enseñando a los estudiantes de primer curso los detalles intrincados de los cigotos y pergeñando los avances científicos que reivindicarán su genio.

Además de su belleza, su aislamiento y su pizca de excentricidad, Maywell posee otros detalles extraños. Se trata de algo más serio. Algo terrible y maravilloso, si es que tales calificativos poseen un sentido claro. El término *terrible* evoca imágenes de bestias de enormes fauces o de psicópatas resentidos, y la palabra *maravilloso* recuerda a princesas de seda y rosas sin espinas.

Ambas palabras podrían sugerir la imagen de un gato.

Sin duda, cualquiera de ellas podría recordar al gran Rey de los Gatos, una criatura conocida exclusivamente por los estudiosos de la oscura mitología celta, que ejercía su dominio, según Robert Graves, sentada «en un trono de plata vieja», desde el que lanzaba «respuestas vituperantes

a los inquisidores que intentaban engañarlo». Sin duda, él o ella explican en parte la naturaleza andrógina del Gato con Botas, antecedente del primer cuento de Cenicienta, «El Gato-Cenicienta», que es un recuerdo popular de la antiqüísima leyenda del gato, amigo de Ishtar, la diosa madre, vieja y fiera, que gobernara Sumeria.

Entre los fragmentos de la antigua y misteriosa religión de los griegos existe la identificación de la diosa Diana con el gato. Desde tiempos remotos, las brujas han tenido al gato como un elemento familiar. Tampoco hemos de olvidar a los gatos egipcios, que eran momificados y que perduran hasta nuestros días, apilados en los sótanos de los museos.

Sin embargo, la extraordinaria criatura que habitaba en las laderas del monte Stone no era candidata a un museo. En realidad, estaba intensamente viva y no deambulaba por las ventosas laderas, sino que vagaba por reinos mucho más deliciosos.

Aunque no todo era perfecto: tiempo ha, había sido tocada por un hechizo de Constance Collier, y llevaba algo atado a la oreja.

Era un hilo invisible que iba desde los deliciosos reinos hasta Maywell, donde se unía a otros hilos invisibles en el telar donde se tejía la vida de la ciudad.

Los demás hilos se movían y se retorcían constantemente, entrelazándose cuando el farmacéutico se casó con la hija del propietario de la tienda de ultramarinos, separándose al morir aquél, volviendo a atarse cuando ella también falleció, y así sucesivamente, sin que se acabara nunca de tejer la tela, pues sus dibujos invisibles cambiaban sin cesar.

Sólo Constance Collier, una de las habitantes de la ciudad, tenía la sabiduría y la tendencia a sentarse de vez en cuando ante el telar sagrado y manipular los hilos un poco, concediendo quizás a algún seguidor indigente un poco de buena fortuna o haciendo que los negocios de alguno de sus adversarios se deshilara.

Desde que lo anudara por primera vez, un suave día de primavera, cuando todavía estaba llena de esperanza, jamás había tocado el hilo atado a la oreja imaginaria del mítico gato.

Desde entonces habían transcurrido muchos años, durante los cuales Constance había tejido sus tramas, sus hechizos, sus encantamientos, esperando siempre. Pero nunca había tenido necesidad de convocar al gato. La hermosa joven se convirtió en vieja sabia y, de tanto esperar, se había vuelto paciente.

Si se tiraba del hilo, el gato volvería al monte Stone para cernirse sobre la confiada e inocente Maywell. Sin embargo, sólo había un motivo para realizar algo tan sorprendente.

En los últimos tiempos, Constance había comenzado a abrigar nuevas esperanzas. Después de todo, cabía la posibilidad de que se escribiera el capítulo definitivo de una historia muy antigua.

Ahora, Constance, el doctor Walker y el hermano Pierce, tres de los principales personajes de la historia, ya están en Maywell. Sólo falta un personaje más, que se está acercando a la ciudad, avanzando entre los resoplidos de su antiguo Volkswagen Escarabajo. Y lo que resulta más prometedor es que va cargado de equipaje y caballetes.

Quien pudiera observar lo invisible, notaría que el hilo atado a la oreja del gato ha planeado hasta caer a través del Morris Stage Road. El viejo Volkswagen respira asmáticamente, sus engranajes rechinan; se va acercando.

Brisas ocultas mueven el hilo, enmarañándolo alrededor de la parte inferior del tronco de un abedul encendido de otoño. El hilo está ahora tenso.

El coche se acerca cada vez más; su joven conductora rubia se asoma por la ventanilla. No ve el indicador de salida. Le han dicho que girara por la tercera a la derecha, después del cruce principal. Cuenta las salidas y mira fijamente a su alrededor mientras el coche queda envuelto en el hilo.

La muchacha no experimenta nada más que un ligero cosquilleo y estornuda, pero en el reino del gato las cosas son muy distintas. El gato es arrastrado; aúlla de dolor y rabia porque lo devuelven a las ventosas laderas del viejo monte Stone.

Durante un momento no ocurre nada más, pero eso es sólo porque el gato mantiene los ojos firmemente cerrados.

Cuando se le pasa el asombro, parpadea y comienza a observar con los ojos entrecerrados.

Por encima de un tramo desnudo de roca, surgen los enormes ojos dorados de un felino.

El gato observa con ira la trama de la vida de Maywell para ver si descubre quién ha sido el tonto que se ha atrevido a realizar este conjuro.

LIBRO PRIMERO

El Padrino Muerte

*El glaciar golpea en el aparador,
el desierto suspira en el lecho,
y una grieta en la taza de té abre
un sendero hacia el país de los muertos.*

W. H. Auden, «Una tarde que salí a caminar»

1

La rana deseaba desesperadamente saltar. Pero no podía. Se sacudía una y otra vez. Pero quedaba donde estaba, sujeta firmemente por las abrazaderas. Hacía flexiones, se ponía rígida, se sacudía. El dolor cálido, seco, continuaba. La rana movió la lengua. Sintió dolor. Intentó mover lentamente la cabeza. Volvió a sentir dolor. Tenía la sensación de que algo la perforaba. Una y otra vez trató de saltar. Pero se quedaba donde estaba, en aquel lugar duro y blanco, sin un solo vestigio de hojas, sin batir de alas, sin aquellos insectos agudos y deliciosos que, entre forcejeos, le robaba al aire.

Intentó saltar.

Y continuó inmóvil.

Lo intentó una vez. Y otra. Y otra más.

¡Sentía dolor, debía moverse, debía *saltar*!

—Allá vamos... Rayos, no. Bonnie, este bicho sigue estando demasiado resbaladizo.

Le rasparon el lomo; sintió una quemazón y un dolor atormentador y seco. Saltó, saltó, saltó.

—Gracias. Allá vamos...

—Ya está, George. La sonda está bien colocada. Recibo una buena señal.

—Vale, Clark. Empecemos.

En el monte Stone la criatura —que todavía era todo ojos— comenzó a tejerse un cuerpo de gato para estar preparada en cuanto se pusiera el sol. Dos gorriones, que vie-

ron que algo asombroso creaba su propia y sólida presencia de la nada, alzaron el vuelo, piando en el silencio.

Un mapache se detuvo en seco, miró y lanzó un maullido.

Lo que veía carecía de clasificación taxonómica. Aquella criatura de la piedad obedecía a una extraña ley. Se paseó mientras esperaba que la luz del sol abandonase las calles de la ciudad. Y, al mismo tiempo, padecía, igual que la rana.

La rana no entendía nada de lo que veía a su alrededor. Por encima de sus ojos se tendían unas largas cintas. Veía las sinuosidades y las vueltas de los alambres que partían de su cráneo. Pero no entendía qué eran esos alambres. Le parecían piernas, y pensó en los insectos.

Le gustaba utilizar sus ojos certeros y aguzar la vista.

Porque aguzar la vista significaba comer bien. Pero no oía el batir de alas, ni veía cuerpos regordetes, ni olía el aroma agradable relacionado con la visión de esas largas piernas. El hambre le hizo fluir la sangre por la lengua hasta hinchársela. Quería ver insectos, oler la humedad, estar en aguas verdosas. Quería saltar.

Pero se encontraba como pegada a aquel sitio.

—Clark, el electroencefalograma me parece correcto. La rana es normal. No se la ve muy feliz, pero es normal.

—Bonnie, no dejes que se sacuda y se quite los electrodos. Detesto a las ranas. Lo que me van son los animales grandes.

—¿Como cuál?

—Como las personas, cariño.

—A Constance no le gustaría.

—No, y tampoco le gusta esto.

—Pero lo estás haciendo.

—Tal vez no le guste nuestro trabajo, pero al menos aprecia su necesidad. Cosa que no se puede decir de la

gente de Stohlmeyer. A veces creo que son seguidores secretos del hermano Pierce.

—Cielos, no me lo nombres. No quiero que me tiemble el pulso cuando trabajo.

El silencio se cernió sobre las tres personas que ocupaban el laboratorio. Sabían el objetivo final de sus experimentos, la meta que les había fijado cinco años antes Constance Collier: matar a un ser humano para devolverle después la vida. Ésa era la meta, el programa de Constance Collier.

Pero a Constance le desagradaba que tuvieran que matar a tantos animales para alcanzar el objetivo.

—Siento cada una de esas muertes —le había dicho a George—. Tal vez haya cometido un error. Tal vez tendrías que suspender el proyecto.

Pero él jamás lo suspendería. Había sido su objetivo en Yale y allí había destruido su carrera. Lo conseguiría en Maxwell y, así, lograría sacar su nombre del fango. En aquel apartado lugar lograría su venganza. Algún día, su universidad sería famosa por los experimentos que él había llevado a cabo.

Finalmente habló Clark, el técnico.

—Muy bien, chicos, estoy listo para empezar.

—Yo también —dijo el doctor Walker.

—Bonnie, ¿qué me dices del audiovisual? —inquirió Clark.

—Ya está en marcha.

—De acuerdo. Allá vamos. Comienzo la cuenta atrás. Cinco...

La rana sintió una pesadez, como si estuviera enterrada en el barro. Una pesadez y un sofoco. El corazón empezó a latirle con más fuerza.

—Cuatro.

La rana sintió un cosquilleo interno. Aquella sensación fue tremenda; nunca había experimentado nada igual: un cosquilleo debajo de la piel, como si la recorrieran unas

arañas de agua. La rana intentó moverse, huir de aquel cosquilleo, pero la pesadez pudo más que ella. El miedo le hinchó los ojos.

—Tres.

La rana sintió como si la estuvieran despedazando. Vio unas garras, unas enormes alas silbantes.

Entonces le sobrevino la muerte y su corazón se detuvo.

Alrededor de la aterrada criatura se elevó un olor de agua que se convirtió en la visión del agua en la oscuridad. Las garras la soltaron y la rana cayó en unas aguas tranquilas; entonces fue el amanecer, se elevaron las moscas y la rana se encontró sobre la hoja flotante de un lirio, croándole al sol.

—Dos.

El sueño se hizo oscuridad, y la rana se sintió caer hacia la nada.

—Uno.

La negrura se partió y el sueño acuático de momentos antes se abrió ante la rana, pero esta vez fue real.

La rana era libre. Olía bien el agua; saltaba en ella con facilidad; se agitaba a su alrededor haciendo que la piel le temblara de placer a medida que se sumergía hacia el fondo negro de la alberca. A su lado pasaron hileras de renacuajos y en los haces de sol nadaban unos peces espinosos; entonces, la rana volvió a la superficie asomando entre los lirios en flor.

—Es el fin. Está muerta, George.

Arropado por fin en la oscuridad, el gato comenzó a bajar el monte. Al hacerlo, su silueta fluctuó y adquirió solidez. Al abandonar las laderas, se convirtió en la sombra de un gato, en un estremecimiento de la luz, en un jirón de aire frío. Cuando llegó a las afueras de Maywell, era ya la oscura y retozante sugestión de algo bastante familiar.

Cuando se encontró bajo la luz de la farola, en la esquina de Indian y Bridge, ya era un viejo gato negro, con una

oreja cortada y una cola orgullosa y torcida.

Al menos eso era lo que parecía. Sin embargo, aquella visión no engañaba ni a los animales ni a los niños, pues ellos presentían la verdadera forma de aquel ser vasto y terrible, que los llenaba de terror.

En la ciudad, los gatos despertaron y miraron fijamente las ventanas oscurecidas. Los felinos callejeros se ocultaron en los porches o se acurrucaron debajo de los coches. Los pájaros se agitaron en sus árboles y los perros a los pies de sus amos. Aquí y allá alguno que otro niño dormido se puso a gritar. En la finca de los Collier, la vieja Constance hizo una pausa en su caminata, cerró los ojos y se internó en el inmenso espacio que llevaba en su interior. Sabía que debía intentar detener a Tom, pero no lo hizo. George lo lograría, era un superviviente. Además, ¡pobre rana!

En cualquier caso, probablemente, su gesto habría resultado fútil. La flagrante violación de las leyes de la vida enfurecía al gato. La interferencia de Constance ni siquiera llegaría a notarse.

El gato negro comenzó a atravesar Maywell con un solo objetivo: la Sala Dos de Animales, Terrario D-22, del Edificio Wolff de Biología. Bajó por la acera derecha de la calle Bartlett, dejó atrás las casas altas que, durante generaciones, habían albergado a las mismas familias de Maywell: los Haspell, los Lohse, los Coxon, familias cuyos antepasados habían visto la revolución desde aquellas ventanas con cristales engarzados de plomo y habían sallado por los campos primaverales para dejar mandrágoras a las hadas.

El gato pasó junto a un Mustang convertible rojo bajo el cual se ocultaba un colega suyo, viejo y artrítico.

El gato oyó su respiración asmática, vio el dolor reflejado en sus ojos. Asustado por aquel enorme espíritu que recorría la acera a trancos, el minino aulló con desdicha.

El gato se detuvo. Agachó la cabeza, se concentró en el animal abandonado y agonizante que tenía ante sí. Una pa-

ta sensible se tendió y tocó al morrongo temeroso. *Te ofrezco el don de la muerte, viejo gato. Te lo has ganado.* Y en un instante, el cuerpo del morrongo cayó al suelo. El gato observó que su alma se elevaba como humo hacia el cielo estrellado.

Ninguna de las pulgas del morrongo saltó al otro gato. Prefirieron quedarse en el frío suelo otoñal.

El gato continuó su camino y todos los seres sensitivos advirtieron su presencia, como si se tratara del paso de un wendigo^[1]. Al pasar ante la casa de los Coxon, ofreció una visión a la mente inocentemente abierta de la pequeña Kim, un bebé de once meses. La niña se echó a llorar. No sabía hablar, pero en un atisbo doloroso y cruel de la mente enorme que pasaba por allí, había entrevisto su propio fin, en el interior de una cosa azul que aún no sabía que se llamaba coche; caía a las aguas vociferantes de un río crecido, una noche de otoño. Y en la flor de la vida.

Al oír la desolación de su llanto, la madre de Kim entró en su cuarto, la cogió en brazos y, cantándole y acariciándola, intentó calmarla.

—Cariño, vamos, eructa —le dijo su madre—. Es que tienes mucho aire. —Cuando la pequeña dejó de llorar, su madre volvió a dejarla en la cuna.

La rana encontró unas moscas gordas y deliciosas que sobrevolaban por la superficie del agua. Las cazó, apuntando con su vista aguzada y sacando la lengua.

Algo que la rana habría llamado diosa, si hubiera conocido algo parecido, se adentró en el agua, rociando a la rana con una lluvia de deseo que le hizo olvidar la comida y la obligó a seguirla.

—Controla el flujo sanguíneo de las extremidades. Esperaremos que se pare por completo antes de traerla de vuelta.

La rana iba a saltos tras la diosa verde; quería demostrarle que era el macho más grande, el macho supremo,